



El nuevo gobierno conservador de Canadá se enfrenta a la inquietud de las provincias

POR **JEFFREY SIMPSON**

Para entender el federalismo canadiense es útil recordar en quién ha recaído generalmente el gobierno federal del país: en el Partido Liberal.

Los liberales en Canadá son el partido político más exitoso del mundo occidental y han ocupado el poder alrededor de 75 de los últimos 105 años.

Aproximadamente cada generación, los canadienses se hartan de los liberales y le dan a los conservadores una oportunidad de gobernar. Así sucedió el 23 de enero de 2006, cuando los canadienses eligieron un gobierno minoritario conservador después de unos 12 años de régimen liberal. Nadie sabe cuánto tiempo durará este gobierno conservador. Cuando no existe una mayoría después de una elección, el partido con el mayor número de miembros en el Parlamento forma un gobierno de minoría. La duración de un gobierno de minoría depende del momento en que los partidos de oposición decidan aprobar un voto de no confianza. Los gobiernos de minoría en Canadá generalmente se sostienen durante 18 o 24 meses antes de ser derrotados.

Los conservadores pasan más tiempo en la oposición que en el gobierno. Fuera del poder, adoptan determinadas actitudes hacia el federalismo canadiense, respondiendo al viejo adagio que dice que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Presencian los ataques de los primeros ministros provinciales al gobierno federal en demanda de más competencias y dinero, y de mayor respeto a las prerrogativas provinciales. Los conservadores del gobierno federal empiezan a pensar que, al reemplazar a los liberales, prevalecería la armonía con los primeros ministros provinciales, el federalismo del país marcharía mejor y los electores estarían más satisfechos.

El hecho de que todos estos supuestos se hayan desmoronado repetidamente ante la realidad no hace que los conservadores dejen de creer en ellos. El mundo de la oposición es el lugar de las ilusiones y de la memoria histórica atrofiada.

No fue una sorpresa que la elección de enero llevara al poder a un gobierno conservador dirigido por el primer ministro Stephen Harper, prisionero de la vieja creencia del partido de que surgirá una mayor armonía nacional si se les da a los primeros ministros lo que piden con insistencia en Canadá: más dinero y mayores competencias.

A partir de su elección, su gobierno presentó un presupuesto a principios de mayo que reducirá de 7 a 6% el Impuesto a los Bienes y Servicios, conocido como GST, que equivale al impuesto al valor agregado (I.V.A.) de Canadá. Se calcula que esto, aunado a otros recortes de impuestos, reducirá el impuesto sobre la renta por alrededor de 20 mil millones de dólares canadienses en los próximos dos años.

Un primer ministro del Oeste

Que Harper proceda de Alberta es importante. Alberta en particular, y el oeste de Canadá en general, sienten que han sido relegadas al olvido por Ottawa. Los gobiernos provinciales de Alberta generalmente luchan con Ottawa, rechazando lo que

Jeffrey Simpson escribe la columna sobre asuntos nacionales del Globe and Mail, el diario nacional de Canadá.

llaman “incurSIONES” en la competencia provincial.

Algunos de estos constantes ataques de Alberta hacia Ottawa influyen en la forma en que Harper percibe el federalismo canadiense. Piensa, no sin razón, que el gobierno federal se ha inmiscuido en áreas provinciales ejerciendo su irrestricto poder de gasto. Se propone poner freno a ese gasto, aunque no se sabe exactamente cómo lo hará.

Harper se comprometió a rectificar el “desequilibrio fiscal” en Canadá. Esta frase poco deseable quiere decir, en lenguaje llano, que las provincias no tienen ingresos suficientes para cumplir con sus responsabilidades constitucionales, que les resultan cada vez más costosas, especialmente en las áreas de salud y educación. Para decirlo sencillamente: Ottawa tiene dinero de sobra para sus tareas, las provincias tienen demasiado poco para las suyas.

La queja de las provincias no es una novedad. Las provincias grandes, especialmente Quebec, han venido planteándolas durante décadas. La existencia de un “desequilibrio fiscal” se acepta ahora como si fuera el Evangelio en todo Quebec y ha ganado partidarios en otras provincias y, aparentemente, en el nuevo gobierno federal.

La propuesta de campaña de Harper decía: “un gobierno conservador trabajará con las provincias hasta llegar a un acuerdo de largo plazo para atender el desequilibrio fiscal en forma permanente”.

Harper ha dicho que será hasta el año que viene, en el segundo presupuesto que presenten los conservadores, cuando el gobierno inicie el proceso de reasignación de excedentes federales y empiece a desmantelar el desequilibrio fiscal. Lo que aún no se ha dicho es cómo se logrará y qué es lo que constituirá un “acuerdo de largo plazo”. Existen varias posibilidades, todas ellas llenas de trampas.

En el federalismo canadiense el cambiar una fórmula, inevitablemente afecta a las demás. Cada provincia quiere más, o en el último de los casos, no desea recibir menos. Por consiguiente, el compromiso de la plataforma conservadora de revisar, en beneficio de todas las provincias, el esquema de igualación nacional por medio del cual el dinero se transfiere a las provincias que tienen menor riqueza, como parte de este nuevo balance de la federación, fue una promesa que causó perplejidad incluso entre los expertos, que se preguntaron cómo se podría cumplir una promesa de este tipo sin dejar por lo menos a algunas provincias en peor posición económica.

Poco después de tomar posesión, Harper empezó a no querer tocar el tema de su audaz promesa de arreglar el “desequilibrio fiscal”, y por una buena razón: el argumento de “desequilibrio fiscal” estaba sustentado por completo en grandes, pero sobrestimados excedentes que causaban la envidia de muchas de las capitales de las provincias.



El primer ministro de Canadá Stephen Harper (derecha) con el primer ministro de Québec Jean Charest.

De las promesas de campaña a la realidad política

Los conservadores por fin cayeron en la cuenta, como un grupo de políticos más experimentados lo hubiera sabido, que una revisión completa de las endemoniadas complejidades del federalismo fiscal no puede ser fácil ni rápida. Y unas cuantas voces del Partido Conservador, con la ayuda del servicio civil de carrera, lo llegaron a entender y empezaron a darse cuenta de que darle a las provincias más dinero y mayores competencias nunca despertaba su agradecimiento ni saciaba su sed de obtener más, y raras veces lograba que el partido gobernante en Ottawa fuera más popular.

Sin embargo, la promesa del partido sigue en pie. Debe ser puesta en práctica de alguna manera. Por lo general, los conservadores se han opuesto debido a su debilidad en Quebec, en donde ganaron 10 escaños en la elección de enero. Su objetivo es ganar 20 o 30 más en la próxima votación, para convertirse en un gobierno de mayoría y reemplazar de manera natural a los liberales como partido en el Gobierno de Canadá.

Se acercan las elecciones provinciales de 2007 en Quebec. El gobierno liberal federalista de la Ciudad de Quebec, capital de la provincia, ha venido siguiendo al separatista Parti Québécois. La victoria del Parti Québécois probablemente significaría un intento más de dividir en partes a Canadá. Manifiestamente, la victoria de los liberales en Quebec es en beneficio de los intereses de Canadá. Esta es otra de las razones para que Harper reconozca que hay un "desequilibrio fiscal" cuya solución daría a los federalistas de Quebec un trofeo que mostrar durante la próxima elección provincial.

Puesto que Quebec insiste en la existencia de un "desequilibrio fiscal", y dado que ganar terreno en Quebec es el objetivo político primordial de los conservadores, hay que hacer algo. ¿Aumentar la igualación de las provincias receptoras como Quebec?

¿Aumentar los puntos impositivos a todas las provincias?

¿Aumentar los casi 48 mil millones de dólares canadienses que Ottawa ya transfiere a las provincias? ¿Dar a las provincias dos o tres puntos más tomados del I.V.A. de Canadá, es decir, el Impuesto Sobre Bienes y Servicios?

Todas estas opciones (y otras más) pueden proponerse, pero no habrá tanto excedente en los próximos dos años fiscales, especialmente ahora que Harper realmente está reduciendo un punto del Impuesto Sobre Bienes y Servicios, a un costo de aproximadamente 5 mil millones de dólares canadienses.

La mejor solución y una mala política

Hay una forma mucho mejor de resolver el "desequilibrio fiscal" que el enfoque de Harper, pero requiere que se haga una definición diferente del término.

En lugar de aceptar que Ottawa tiene demasiado dinero y las provincias demasiado poco, otra definición aceptaría que Ottawa tiene demasiado pero que los contribuyentes tienen muy poco. Por lo tanto, de acuerdo con esta definición, el gobierno conservador debe recortar los impuestos significativamente, y entonces decirle a las provincias: "Aprovechen el espacio fiscal que acabamos de desocupar, si se atreven. Después de todo, ustedes tienen aproximadamente las mismas competencias impositivas que el gobierno federal". Pero, por supuesto, muchas provincias no se atreverían, especialmente Quebec que ya ha impuesto a sus ciudadanos una de las tasas más altas del país. Es más fácil que los primeros ministros exijan dinero a Ottawa que imponer cargas fiscales directamente a sus propios ciudadanos.

Sin embargo, en una federación que se encuentra cada vez más en un lío fiscal tendría sentido que los impuestos federales fueran más bajos y que los de las provincias fueran más altos. Harper tiene razón en una de sus observaciones: Ottawa ha hecho un uso excesivo de su poder de gasto en muchas áreas de competencia provincial. El gobierno liberal anterior del primer ministro Paul Martin fue enormemente intervencionista, entrometiéndose sin reparar en gastos en los servicios de guardería, el tránsito urbano,

Resultados de las elecciones canadienses

Miembros del Parlamento elegidos el 23 de enero de 2006:

Conservadores	125
Liberales	102
Bloc Québécois	51
Nuevos demócratas	29
Independientes	1
Total:	308

Canadá elige a todos los miembros del Parlamento por distritos electorales, cada uno de los cuales tiene un solo voto. El Partido Verde, que recibió 4.5% del voto nacional en 2006, no obtuvo escaños en el Parlamento.

la infraestructura municipal, los servicios de salud.

A Harper le gustaría aclarar el papel federal y el de las provincias con respecto a la federación sin haber especificado cómo, apartando a Ottawa de su política de gasto federal y enfocando los esfuerzos federales en áreas de indiscutible autoridad federal, tales como la defensa y relaciones exteriores.

Aún en el terreno de las relaciones exteriores, Harper favoreció las demandas de Quebec en mayo cuando anunció que Quebec desempeñaría un papel formal actuando como una especie de miembro asociado en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), tal como lo ha venido haciendo desde la creación de la *Francophonie*. Naturalmente que es sólo cuestión de tiempo que Quebec exija un estatus similar en otras organizaciones internacionales. Harper está tan ansioso de alcanzar logros en Quebec que la conveniencia política ha hecho desaparecer toda consideración de coherencia en la política exterior canadiense y en el análisis de consecuencias futuras.

Harper sólo tiene un gobierno de minoría. Todo lo que requiere aprobación del Parlamento como, por ejemplo, mayores cambios presupuestales que permitan la transferencia de dinero de Ottawa a las provincias, tiene que ganar el apoyo de algunos otros partidos. En el primer año de su mandato, ningún partido quiere precipitar una elección; después de eso, no se sabe.

Espacio de maniobra fuera del Parlamento

Sin embargo, hay muchos asuntos en las relaciones entre la federación y las provincias que no requieren la aprobación del Parlamento, tales como el tema de la UNESCO. Harper utilizará su autoridad federal no parlamentaria buscando mejorar las relaciones con las provincias. Pero puede resultar difícil mejorar las relaciones con los primeros ministros.

Descubrirá que la provincia de Ontario ahora se siente muy presionada dentro de Canadá, asegurando que se succionan 23 mil millones de dólares canadienses de la provincia para ayudar a otras regiones mientras que el gobierno provincial tiene un déficit y tanto sus sistemas de salud y de educación como su sistema municipal están luchando por sobrevivir.

Dirá que las cuatro provincias del Atlántico (Nueva Escocia, Terranova y Labrador, Nueva Brunswick y la Isla del Príncipe Eduardo) están demandando más dinero para aumentar sus prospectos económicos. En el Oeste encontrará que Saskatchewan quiere cambios en la fórmula de igualación, que siente injusta. Encontrará que Alberta, con recursos energéticos que hinchaban los cofres provinciales, lo único que quiere es que Ottawa se ocupe de sus propios asuntos. Descubrirá que el gobierno provincial de Quebec se adjudicará cualquier concesión que se le haga sin dar las gracias o reconocer mérito alguno, como no sea el propio, por haberle extraído el dinero y el poder a Ottawa.

En otras palabras, Harper adquirirá mayor sabiduría sobre los usos de la federación canadiense. Aprenderá, como el primer ministro de la federación más descentralizada del mundo, que esto es más difícil de lo que él hubiera pensado como líder de la oposición. ☺